

ENTREVISTA DE MARC FERRÓ A

Alexander Kerenski*

La primera vez me había recibido con rudeza... “¿Qué quiere saber? Todo está en mis libros”. Insistí, le recordé su infortunado destino: antes adulado, ya no era sino un hombre solo, expuesto a los ataques de sus enemigos, que disponían de todo el aparato de propaganda para acusarlo, desde hacía cincuenta años: la izquierda, de haber traicionado los ideales de la revolución; los emigrados, de haber sido el precursor del bolchevismo. Se había quedado escuchándome plantado como un árbol, impidiéndome la entrada a su casa. Al final, su rostro se suavizó... “A ver, venga a sentarse por aquí...”. Me tomó de la mano para que lo condujera: a los 86 años, Alexander Fedorovitch ya no veía.

Le conté entonces una maravillosa historia, la de su juventud revolucionaria, de sus esperanzas; le recordé todos sus discursos en la Duma. Él me interrumpía con frecuencia, rectificando algún error, y poco a poco hizo el encadenamiento: sí, él había llamado a los soldados a manifestarse frente a la Duma el 27 de febrero de 1917, día de la insurrección de Petrogrado. Pero en lugar de solidarizarse con el movimiento, los diputados tergiversaban las cosas: había sido necesario que él, Kerenski, y Tchkeidze, el líder menchevique, se lanzaran al frente de los manifestantes para saludarlos en nombre de la asamblea [...].

Kerenski había callado al recuerdo de las escenas que le estaba yo evocando. Cobró ánimo repentinamente cuando le pregunté por qué el gobierno no había promulgado más reformas. “¿Reformas? En dos meses hicimos más reformas que

* Texto publicado en *La Quinzaine Littéraire* del 15-30 de noviembre de 1966. Traducción de Arturo Vázquez Barrón.

ningún régimen. De hecho, una buena parte de las reformas llamadas bolcheviques se elaboraron bajo el Gobierno Provisional”. Las enumera. “Pero los patrones no querían comprender la situación, y cada vez que íbamos más allá, los bolcheviques nos acusaban de no ir lo suficientemente lejos, cada partido ponía la vara más alta, y nadie estaba satisfecho. Todos querían mandar”.

¿Cree usted haber cometido errores al proseguir la guerra, al no detener a Lenin, como se le ha reprochado? “Yo no quería y no podía detenerlo, no habíamos instaurado la libertad para suprimirla de inmediato... En cuanto a las hostilidades, había que proseguirlas, porque la nación se rehusaba a una paz separada”. En realidad, añade Kerenski, “cometí el error de aceptar el ministerio de Guerra. Si me hubiera quedado en Petrogrado habría podido estimular a los otros ministros, igual que antes de abril había logrado influir en la política exterior del gobierno, llevando a cabo un acuerdo con el soviét sobre los objetivos de guerra de Rusia... Pero entonces, ¿en qué se habría convertido el ejército?”.

[...]Llevándome por los prados de Oxford, que le recordaban el Campo de Marte, me repitió lo que les había dicho a los soldados para convencerlos de pelear. Ese fervor, esa autoridad en el tono, el encanto de su voz, habían conquistado a Rusia. Cincuenta años más tarde, a quien Kerenski quiere conquistar es a mí. “Vamos, igual que Cachin y Moutet, cantemos juntos... A ver, ¿qué himno era?... Ah, sí... el *Chant du Départ*”. Y mientras con ánimo entona las primeras estrofas, recuerdo las palabras de Lenin: “la balalaica del régimen”.

¿Pensaba usted en abril de 1917 que Lenin se volvería un día el amo de Rusia? “Claro que no. En el momento de la catástrofe, los bolcheviques no eran muy populares”. ¿La catástrofe?, ¿en octubre? “No, cuando abdicó Nicolás”. Ah. “Y además las palabras de Lenin daban risa: había dicho que era necesario detener a los más grandes capitalistas; ¿eso era marxismo?”. Entonces ¿cómo explica usted su éxito? “Por la demagogia. Los bolcheviques prometían todo lo que a usted pudiera ocurrírsele. La paz, y hubo guerra civil; la tierra a los campesinos, y se les confiscaron los productos; la administración obrera, y ni seis meses duró; muchas más libertades, y Lenin las suprimió una por una. Después ocurrió el complot de los militares. La insurrección de Kornilov debilitó la autoridad del gobierno; más tarde, los bolcheviques pudieron golpear”.

Los bolcheviques lo acusan de haber estado en connivencia con Kornilov... “No es cierto. La verdad es que Kornilov tenía con él a la derecha, a los militares, a los aliados. No podía neutralizarlo más que llamándolo a colaborar conmigo. Después preparó el golpe de Estado... Yo había declarado que él tenía toda mi confianza y esperé demasiado para deslindarme... Quizá por el miedo al ridículo. En Francia ustedes vivieron una situación idéntica (con Salan), pero De Gaulle supo evitar la guerra civil, yo no”.

Después, una vez vencido Kornilov, ¿ya no pudo usted apoyarse en la derecha en contra de los bolcheviques? “Exacto... Pero por ahora ya es suficiente...”.

Al antiguo presidente no le gusta acordarse de las últimas horas de la “Kerentchina”... la insurrección, la huida, el exilio... Hasta el último momento la multitud lo aclamó porque no había hecho correr la sangre. “Cuando dejé el Palacio de Invierno vi, escrito con grandes letras: ‘Abajo el judío Kerenski, viva Trotsky’”. Y se ríe...

Ha llegado la hora de despedirnos, se hace tarde y quiero llevar al anciano hasta su domicilio. Se opone: “Por aquí, por aquí...”. Me jala hacia esos prados que le fascinan, y como un rezo, me dice estas últimas palabras: “Vamos, entonemos otra vez el *Chant du Départ*...”. ❧

Oxford, 1963